

DOMINGO II DE ADVIENTO (B)
Homilía del P. Bernabé Dalmau, monje de Montserrat
4 de diciembre de 2011
Is 40,1-5.9-11 / 2 Pe 3,8-14 / Mc 1,1-8

Queridos hermanos y hermanas,

Hemos abierto el libro de la Palabra de Dios y nos hemos encontrado con la primera página del más antiguo de los Evangelios, el de San Marcos. Nos ha hablado de la primera venida de Jesucristo: "Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos".

Hemos abierto el Libro y hemos oído palabras de consuelo, las que transcribe San Marcos para hablar de Juan Bautista. Isaías las enmarcaba así: "Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios... que los valles se levanten, que los montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos los hombres juntos".

¿No os ha pasado nunca que un texto bíblico os evoque a alguien que lo ha pronunciado en un momento histórico singular? Cuando cantamos el salmo "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", nos viene el recuerdo de Jesucristo agonizando en la cruz. Cuando cantamos aquel otro que dice: "Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?", Nos puede venir a la mente que son las palabras que dejaron en la luna los astronautas que la pisaron.

Cuando hoy oíamos la profecía de Isaías, no he podido dejar de pensar que la citó Martin Luther King, en aquel célebre discurso "He tenido un sueño" que fue el inicio de la abolición de la segregación racial en Estados Unidos. Tuvo un sueño, se entregó a esta causa cristiana y lo mataron. Por eso figura en la fachada de la catedral de Londres junto con el obispo Oscar Romero y el pastor Dietrich Bonhoeffer en tanto que mártires del siglo XX. Ya Juan Bautista y Jesús habían soñado que aparecería la gloria del Señor y se comprometieron hasta la muerte.

¡Cuántos recuerdos suscita el libro de la Palabra de Dios! Meditándolo, se convierte en realidad lo que San Pablo decía a los Romanos: "Todo lo que se escribió en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra, a fin de que a través de nuestra paciencia y del consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza".

Porque esperamos la venida del Salvador, la esperanza es la virtud típica del Adviento pero también lo es la constancia. Por ello, si consideramos que nuestros tiempos son difíciles, tenemos que esperar y al mismo tiempo resistir. "Esperanza y resistencia son dos dinamismos vinculantes. Es en la medida en que guardamos esperanza que podemos resistir, pero es porque resistimos que podemos esperar... La esperanza es el motor y, al mismo tiempo, el resultado de resistir. Esperanza y resistencia se alimentan mutuamente. Necesitamos resistir apoyando al prójimo, desde la mirada atenta hacia el otro, desde el cuidado del otro. Resistimos haciendo casa, edificando comunidad desde la proximidad y la confianza con el otro, desde la relación personal. Abiertos siempre al diálogo". (Carles Armengol).

La esperanza es una virtud frágil. Y sin embargo conviene transmitirla. Conviene guardarla, porque quien guarda algo lo cuida. Adviento, tiempo de esperanza, Adviento tiempo para rehacer la esperanza en momentos difíciles.

No hay que asustarse cuando constatamos que, debido a su fragilidad, los signos de la esperanza no son percibidos por todos de la misma manera. Y así, quien no sabe reconocer la esperanza en aquello que la significa, fácilmente puede despreciar sus signos. Quizás más de una persona dirá por qué esos tres personajes cristianos deben figurar en la fachada de una catedral, y precisamente en cuanto mártires del siglo XX. Cuando la madre Teresa de Calcuta dedicó toda su vida a los pobres, siempre hubo quien dijo que, más que repartir comida, lo que hacía falta era enseñar a obtenerla. Pero la experiencia nos muestra que el que teoriza sobre la primacía de enseñar a pescar en vez de dar pescado, termina simplemente divagando sobre la calidad de la caña de pescar.

Y es aquí donde vemos que los signos de esperanza sólo son perceptibles en la medida que uno se compromete a ofrecerlos. ¿Cuántas veces desde el púlpito nos hemos lamentado del consumismo del tiempo de Navidad y no hemos prestado atención a los signos de esperanza a los que precisamente en Navidad incluso los no creyentes son sensibles?

Lo siento, pero yo soy de los que, más que contemplar la caña de pescar, pienso en los que dan pescado. En nuestro país la semana pasada El Gran Recapte superó las mil toneladas de alimentos. Dentro de quince días la Marató de TV3 recogerá las aportaciones en favor de quienes trabajan por la regeneración y el trasplante de órganos y tejidos. Como en esta promoción han participado nuestros escolanes con un videoclip, permitidme que diga algo de él, porque en este videoclip podemos ver una parábola del consuelo que, desde su lugar, la Iglesia puede aportar a mucha gente, como un camino que intentamos allanar para nuestro Dios. ¿No dice el Señor: "Consolad, consolad a mi pueblo"?

Cuando en nuestro mundo, donde tanta gente sufre por la crisis económica, cuando en nuestra Iglesia el pequeño rebaño parece cada vez más raquítico, digamos también con el poeta: "cuando estoy triste y los ánimos los tengo por el suelo, cuando no he previsto que el corazón me trate así", cualquier anhelo noble que salga del corazón humano, los cristianos lo transformamos en oración. Y decimos al Señor: "Yo quiero sentir la fuerza que tú me das. Me das fuerza para superar los obstáculos, me das fuerza para cruzar el océano". Porque, "si no hay amor, no tiene sentido la vida". Y nosotros, yendo más allá que el poeta, podemos decir con san Juan de la Cruz: "Pon amor donde no hay amor y sacarás amor".

Los escolanes salieron de esta basílica con el vestido que los identifica, aunque con las manos desenvueltas. Nadie duda de que la Escolanía fue creada para dignificar la oración de esta casa de la Madre de Dios. Con todo, ese día cantaron desde fuera, tanto al pie de una de las más primitivas ermitas de Montserrat como desde el atrio de la basílica, pero con las puertas del templo bien abiertas, porque su mensaje -profano sólo en apariencia- salía del lugar sagrado para abrirse a toda persona de buena voluntad. Y sus cantos se los llevaba el aire para volver, hechos oración, otra vez al interior del templo y a la vez llegar, convertidos en mensaje de solidaridad, a posibles pantallas de todo el mundo.

Cuando abrimos el libro de la Palabra de Dios encontramos motivos de esperanza, de resistencia, de consuelo. Pero el cristiano sabe también leer el libro de la naturaleza visible en la panorámica de las rocas, sabe leer el libro del arte musical, el libro de la humanidad de los niños, el libro de la solidaridad humana que abre rutas para el Señor y le allana el camino. Quién sabe leerlos, tendrá muchos sueños.